

borradas por otras y por otros en interminable vértigo.

Los sentidos de Enriqueta estaban cogidos por una gran caricia mundana. El ruido de los carruajes la aturdió como aturde un gran beso. Una carrera vertiginosa de imágenes fugaces, producía en sus ojos ese deslumbramiento de los grandes espectáculos. La trepidación del pavimento le comunicaba una especie de cosquilleo magnético que le subía desde los pies hasta la cintura, y la brisa húmeda impregnada de olor á tierra y olor á barniz de coche, y á cuero inglés, armonizaba el conjunto de sus sensaciones; y porque el sentido del gusto no fuera excluído de aquel *quorum* sensual, masticaba con sus pequeños dientes, para hacer saliva, un pétalo de rosa.

Las muchachas que se asoman á las ventanas para ser vistas, tienen por lo general por detrás y completamente invisible un geniecillo que las aconseja

apretarse el corsé y peinarse bien: es el amor.

Por detrás de Enriqueta había, no un cupidillo risueño, juguetón y huraño, sino una hada déspota, tiránica, cruel, que está avasallando á medio mundo, que lleva un cetro de oro y que se ríe de la miseria.

Se llama *la moda*, porque es mujer; pero es creación del lujo. El cupidillo aquel tan ingenuo y espontáneo en los tiempos patriarcales, era en la ventana de Enriqueta y en otros balcones, un simple intermediario para llegar al lujo.

En efecto, Enriqueta, como muchas mujeres elegantes, no concebía al amor desnudo, por demasiado mitológico; no podía figurárselo sino en la opulencia, y por eso lo buscaba en el fondo de los carruajes, ó en las facetas de un brillante de tres quilates.

Mientras Enriqueta se entregaba en su ventana á esa especie de arrobamiento que hemos procurado bosquejar, doña

Dolores, la mamá de esa señorita elegante, se había quedado en el cuarto donde la encontró Chucha, sumida en profundas reflexiones.

Ya no quedaba en el horizonte más luz que la coloración rojiza del fenómeno celeste, cuyos reflejos alcanzaban todavía á destacar la silueta lila de Enriqueta en el fondo de su ventana, mientras que el cuarto de doña Dolores estaba ya completamente sumido en las tinieblas.

La mamá lo había comprendido todo, y aceptaba aquel golpe de fortuna, teniendo que cerrar los ojos; por eso encontraba que la oscuridad de la habitación le era propicia. Y para ahogar los remordimientos, que á su pesar la aguijoneaban, pensaba que la suerte de Enriqueta no podía ser otra; que aquel era su destino; y que en la situación que guardaban era una locura pensar en que Enriqueta encontrase un novio rico. La situación se había salvado, se abría una

puerta en el limbo de la miseria, y era preciso salir por ella. No obstante, y debemos decirlo en obsequio de doña Dolores, no pudo impedir que de sus párpados se desprendieran dos gruesas lágrimas, que, cayendo sobre sus manos enclavijadas sobre el pecho, la hicieron estremecer de terror y de vergüenza.

La coloración del cielo había desaparecido por completo: la noche estaba negra y Enriqueta se retiró de su ventana.

Al siguiente día, como era de esperarse, se presentó don Manuel en la vivienda aquella. Preguntó por doña Dolores, quien lo recibió un tanto conmovida, porque la presencia de aquel señor venía á ser la realización de los negros pensamientos que la habían atormentado la tarde anterior.

Don Manuel tomó asiento y guardó silencio. El prólogo de aquella nueva historia de amor era embarazoso, y aunque don Manuel, como hombre de mun-

do, sabía por qué distintos caminos se viene á parar en estas materias al mismo punto; aunque tenía la triste experiencia de lo que el lujo, el interés y la necesidad suelen hacer con la virtud de las muchachas, no podía disimular el empacho natural que le causaba tratar aquel asunto con una madre.

Tampoco ésta se atrevía á romper el silencio; como víctima creía hacer bastante con doblar la cabeza.

Se necesitaba en aquella situación tirante, cualquier pretexto, un incidente siquiera, un suspiro, para dar la primera palabra. Don Manuel buscaba con los ojos ese algo, para saber por dónde empezar, cuando doña Dolores sacó su pañuelo como para llevárselo á los ojos.

En el pañuelo encontró don Manuel el comienzo del párrafo.

—Vamos, señora, exclamó; no hay por qué afligirse.

Esta frase produjo en doña Dolores el efecto contrario. Rompió á llorar.

—No tenga usted cuidado, señora: tenga usted la bondad de calmarse; porque todo en esta vida tiene remedio. Yo no puedo ver lágrimas ni miserias, y mi mayor placer es servir de algo á las personas desgraciadas. En cuanto á la renta de esta casa, ya sabe usted que está pagada por seis meses. Ahora, si usted tiene otras aficciones y yo le inspiro confianza, bien puede usted decirme lo que necesita.

Doña Dolores, enjugándose las lágrimas, porque veía que el paso sobre el precipicio era más fácil de lo que se había figurado, contestó:

—¡Cómo que si tengo otras aficciones! Le parece á usted que es muy divertida la posición de una pobre mujer como yo, sin apoyo de ninguna clase, abandonada hace tanto tiempo por el papá de esa niña de mis pecados, porque... sí, eso es lo que debo decir: abandonada; porque le he escrito cuatro cartas y nada de contestación, lo

cual quiere decir que no debo esperar nada por ese lado.

Don Manuel encontró la brecha y se puso á hacer preguntas, y doña Dolores, quien entregando todas sus reservas á aquel libertador, lo puso al tanto de su vida desde antes del aguacero aquel de Orizaba, la tarde de la tamalada que sirvió de introducción á la vida de Enriqueta.

Aquella pobre mujer sabía perfectamente adónde iban á parar sus confidencias; pero no tenía valor para retroceder, y apresuraba el paso para llegar más pronto al precipicio que, por una ironía de la suerte, había escogido como punto de salvación.

Enriqueta no tomó parte en aquella entrevista, sino cuando ya don Manuel estaba para despedirse, y apenas atravesó algunas palabras con él. En lo de adelante había de suceder precisamente lo contrario.

Antes de que se cumplieran aquellos

seis meses de renta de la casa, es cuando nosotros hemos tenido ocasión de hablar de Enriqueta, como una de las muchachas convidadas al baile de Saldaña; porque como don Manuel, en su calidad de hombre metódico, era protector de á horas fijas, Enriqueta podía disponer de su tiempo libre, y dispone de él efectivamente, en compañía generalmente de un estudiante calavera, muy simpático y muy entretenido. A instancias de él, Enriqueta pidió permiso á don Manuel para ir al baile de Saldaña, quien, por lo que se habrá notado, había alborotado á medio México.

Esta actividad de Saldaña, su ojo certero para escoger muchachas propias para el baile, lo numeroso de sus relaciones personales en todos los círculos, y las amplias facultades de que lo había investido el coronel, nos dan ocasión y tiempo para hacer conocer anticipadamente al bondadoso lector el elenco de aquel bailecito, uno de los

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Vol. 1625 MONTENEGRO, MEXICO

muchos que vienen á justificar en México el conocidísimo adagio «baile y cochino, el del vecino.»

En la lista de las personas que debían concurrir al baile, lista que Saldaña llevaba constantemente en la bolsa, se leía este nombre:

«Venturita...»

Y era el único seguido de puntos suspensivos. ¿Quién es Venturita? Es una joven... no muy joven en la verdadera acepción de la palabra. Era de esas mujeres que parece que se vuelven, pretendiendo desandar el camino que el tiempo inexorable les ha hecho recorrer forzosamente.

Venturita tenía en el mundo este difícil papel. Era cuñada. No tenía papá ni mamá, y su casa era la casa de su hermana casada, y dependía, naturalmente, del marido de su hermana.

Venturita tenía en el alma un desengaño; fuente de todas sus tristezas, de su romanticismo y hasta de sus coque-

terías. Aquel desengaño era el que le daba forma, colorido y carácter á todo lo que hacía Venturita. Si fuera posible leer de corrido y sin descansar todos los pensamientos íntimos y secretos de una persona, habría veces en que juzgáramos perfectamente maniática á quien ningún asomo diera en su vida de estar bajo la influencia de una idea fija. Pues bien, Venturita, era de esas.

Desde el susodicho desengaño no hacía cosa que no estuviera ideológicamente enlazada hasta con sus movimientos. Se ponía la mano en la frente: era el desengaño aquel.

Se levantaba tarde: el desengaño.

Comía poco: el desengaño.

Se salía á andar calles ó se sentaba en una banca de la Alameda, iba á misa, y después de ella, permanecía hincada otro cuarto de hora, suspiraba sin motivo, ó se ponía muy comunicativa; el desengaño: todo esto era inspirado forzosamente por ese desengaño,

que no le había de salir del cuerpo en toda su vida.

¿Qué más? hasta la presunción y el refinamiento en el vestir y el color de las telas, y hasta un tironcito extra al apretarse el corsé, todo tenía el mismo origen; el desengaño.

Y van á ver ustedes en qué consistía el tal desengaño. De las dos hermanas, Venturita era la mayor, ¡vaya! todavía hubo dos hermanitos entre una y otra, y no sólo era la mayor, sino la más bonita; tanto que todos tenían como cosa segura que Venturita había de ser la primera en casarse. Pero sucedió todo lo contrario: se casaron sus hermanas y Venturita se fué quedando, quedando, hasta hoy, fecha en que la pobre llega á tener ratos muy amargos, pensando en que se va á perpetuar su mala suerte, respecto á los hombres, porque Venturita ha sido de lo más desgraciado que se conoce en materia de amores. Y no es decir que Venturita sea fea, no, se-

ñor; juzguen ustedes por lo que sigue.

Era un poco pálida; pero no por enfermedad ni pobreza en la sangre; era pálida porque á los colores de la juventud, como sucede con todas las cosas, les había tocado en turno y se habían ido, después de haber hermosado por algún tiempo, más que suficiente, las mejillas de Venturita, pero de esto, ni ella ni nadie tiene la culpa.

A Venturita le quedaban sus buenos ojos, unos ojos no tan poblados de pestaña, ni tan negros que fueran de tipo esencialmente mexicano; pero, en fin, eran unos ojitos bisbirindos y expresivos, especialmente cuando Venturita se proponía combatir con todas sus fuerzas aquello de su mala suerte.

Lo que Venturita tenía irreprochable era el cuerpo. Sus hombros y sus omóplatos habían tenido tiempo sobrado para alcanzar su completo desarrollo, mientras que el uso inveterado del corsé había acabado por obligar á sus costillas

falsas á doblarse sin resistencia á la tiránica presión de las barbas de ballena. Este desarrollo y esta presión habían logrado trazar esas líneas forzosamente oblicuas y graciosamente curvas, que, rematando en una cintura casi inverosímil, producen cierto hormigueo en las palmas de las manos de todos los hombres deseosos de medir con dos palmos aquella circunferencia subversiva.

Esto de las líneas y del hormigueo de las palmas de las manos de los hombres se lo había revelado á Venturita una amiga íntima, quien no sólo sabía de boca de su amante ese fenómeno de cosquilleo, sino que el amante mismo á su vez, había recibido exacta confianza de parte de algunos de sus amigos.

Desde entonces el orden estricto de las ideas que pasaban por la mente de Venturita al ajustarse el corsé frente al tocador, era éste:

Primero, el desengaño aquel; luego



Venturita

un tironcito más á los cordones, y después el recuerdo del cosquilleo ese de las palmas de las manos del sexo feo. Pero aun así y todo, no se podía negar que Venturita tenía un talle encantador, y esto venía hasta á justificar lo calurosa que era Venturita: casi nunca usaba abrigo; ni en invierno.

Todas las cosas de Venturita tenían un sello particular. Un zapatero de la calle del Reloj que la calzaba hacía mucho tiempo, tenía motivos para apreciar los conocimientos estéticos de aquella marchante, que le devolvía más pares de zapatos de los que compraba.

Estos conocimientos artísticos y el estudio especial que Venturita había hecho de las líneas del calzado, la ponían en posición de ser inteligente apreciadora de sus efectos y consecuencias.

Venturita se calzaba y se vestía muy bien, y se salía á andar por donde la vieran, por donde había más gente, porque ella estaba segura, y tenía ra-

zón, para considerarse enteramente presentable; y cuando tal hacía, cuando se exhibía en el Zócalo y en las calles de Plateros los días festivos, entre doce y una, no lo hacía precisamente con la intención y con las miras que lo hacen ciertas mujeres, no, señor: las miras y las intenciones de Venturita eran perfectamente legítimas. Venturita deseaba casarse, deseaba encontrar novio; aspiración que no tiene nada de censurable. ¿A qué otra cosa aspiran las muchachas bonitas? Pues con mucha más razón debemos justificar las miras de Venturita, supuesto que ella lo necesita cien veces más que muchas pollas; en primer lugar porque los días pasan y pasan, y Venturita se va haciendo casi señora grande, y luego que esto de vivir siempre de cuñada, es insoportable sobre todo cuando se trata de una mujer bonita y de mérito. ¡Qué mucho que ponga en juego toda una serie de procedimientos legales para alcanzar novio!

¡Vayan ustedes á reprochar á una mujer en semejantes condiciones que sea amable, que sea risueña, que se asome al balcón, que se apriete mucho el corsé, que se vista algo chillón, que le ajuste el botín en la punta del pie, y que haga, en fin, otra porción de cosas, que, en su esencia, nadie se atreverá á tachar de malas, ni de pecaminosas, porque no son siquiera censurables. En todo caso estaba en su perfecto derecho: quería casarse y con razón, este deseo no tiene nada de malo; quería agradecer: esto es lo más natural, este es el único camino conocido para eso. Esto lo hacen todas las mujeres, sólo que no siempre hay quien les ajuste las cuentas, ni quien adivine sus pensamientos; pero nosotros, para ser exactos, al dar cuenta á nuestros lectores de todo lo que pensaba Venturita, debemos entrar en pormenores.

Un día le elogiaron á Venturita mucho sus pies, esto le sucedía con frecuencia;

pero al hacerle este cumplimento, alguno hubo de decirle que... Fulano, un joven rico y bien parecido, tenía mucho empeño en verle los pies.

Esa noche, cuando Venturita estuvo sola, sacó una de sus botitas, las últimas que se había puesto, y que conservaban todavía la forma del pie, como si las tuviera todavía puestas. Recorrió con la vista las líneas del tacón, del enfranje y del empeine... Verdaderamente era aquel un pie escultural, irreprochable, perfecto, un pie capaz de sublevar la conciencia humana, un pie, en fin, irresistible.

Con esas botitas salió Venturita el domingo siguiente, pasando ante la fila de lagartijos con una dignidad y un señorío que nadie se hubiera atrevido á pensar que aquella señorita iba buscando con el rabo del ojo un *lagartijo*, ni mucho menos que con deliberada intención le hubiera acertado una pulgada á la orla de su vestido.

Al fin dió con el lagartijo cerca de Iturbide; lo vió venir y sorprendió (fingiéndose no ver) como dos relámpagos, una mirada que se dirigió á los ojos y otra mirada que se dirigió á los pies de Venturita.

Estos dos relámpagos, los bendijo Venturita desde el fondo del corazón, como los labradores. Eran señal de que se iba á acabar la sequía.

Después que Venturita hubo examinado con ojos de artista y con profunda estética intuitiva todas las líneas de su preciosa botita bronceada, la colocó sobre el mármol de su tocador, y dejándose caer sobre una góndola de seda encarnada, puso los codos sobre las rodillas, enclavijó las manos y apoyó la barba sobre ellas, con la firmeza con que lo haría un tirador sobre el mamuesto.

Hé aquí á Venturita frente á frente de su cañón *krup*, de su ametralladora, de su torpedo, del instrumento, en fin,